

Caupolicán Montaldo

Los patios. El poblacho y el río

(Conclusión)

13.—UN ALMA CARITATIVA

La señorita Ema, solterona, rentista, miembro de los directores de todas las sociedades de beneficencia, se aleja del pueblo. Se va. A los cuarenta y tantos abriles de edad y de residencia en el lugar, tiene motivos para irse.

Se preparaban en su honor varias fiestas de despedida.

Tiene motivos para irse. ¿Cuáles?

En su gran casa, donde vive sola con su vieja empleada y un gato regalón, ahora penan las ánimas. En las noches la señorita Ema oye quejas en las puertas y las ventanas, pasan sombras curiosas por los pasillos, y en cualquier ruido extraño ella escucha el llanto desesperado de un niño.

Ha hecho "mandas", diversas donaciones varias, limosnas visibles, pero la casa está embrujada. Y ella tiene los nervios rotos. El histerismo la domina. No puede más, no puede más. Se va.

Del largo programa de festejos sólo alcanza a asistir a la reunión que se le ofrece en la escuela del pueblo, que ha recibido va-

rios obsequios suyos. La reunión empezaba con un acto literario-musical, una de esas cosas ingenuas y terribles en que recitan artistas precoces y bailan gitanillas elementales. Por allí salió un niño a cantar. Era un chico listo, desenvuelto, inteligente. La letra de su canto se refería a la triste historia de un huérfano que moría maltratado y abandonado.

¿Qué le pasó a la festejada?

Se quejó de un repentino dolor de cabeza. Y supo dejarse caer en un momento dado, víctima de un síncope.

La emoción, dijo alguien.

Y otros —piensa mal y acertarás— la conciencia.

Porque el caso es que la señorita Ema tenía un sobrino de siete años, huérfano, que llegó a su casa, donde la rutina era el alma y la forma de todas las cosas. Y ella tuvo que castigarlo fuertemente, una vez, porque se comió una fruta sin permiso; otra, porque le desordenara los libros que sirven para adornar un estante; otra, porque cantaba en voz alta y espontáneamente, y otra más, porque jugaba con una pelota de trapo, y otra, porque...

Bueno. Dijeron que el chico había muerto de tos convulsiva.

La tos convulsiva —conforme al testimonio del niño ya muerto— deja las costillas quebradas, los ojos hinchados, las espaldas llenas de verdugones, los dedos rotos sistemáticamente a golpes de garrote.

Podrá discutirse todo esto, pero la verdad es que el certificado de defunción decía aquello. Y esto es lo que vale.

¿Qué relación hay entre el chico muerto y el escolar que cantaba?

Ninguna. A no ser cierto parecido físico.

De todas maneras la señorita Ema no quiere aceptar más manifestaciones de despedida. Y se va callada y atolondradamente.

El único que debe saber el motivo cierto, es el párroco que guarda celosamente el secreto de la confesión.

Se va la señorita Ema. El pueblo está quedando sin almas de

condición benéfica, sin amigos de los niños desvalidos, sin gente caritativa.

¡Qué falta nos va hacer!

14.—PALABRAS INTIMAS

Mujer:

Estamos esta noche mirando a nuestros dos hijos dormidos, mientras bajan por la escala de los sueños infantiles, los tres reyes magos de la divina leyenda.

Mañana nuestros hijos despertarán contentos, porque los magos supieron entender sus deseos: y cuando la niña arrulle su rubia muñeca de trapo, el niño removerá gozoso un rincón del patio con sus útiles de jardinería. Ella, cuidando su juguete, tendrá palabras con sentido maternal, y él esperará que un día crezca sobre los surcos que trace su mano, el árbol de pequeñas ramas lustrosas e inquietas, para cuidarlo, también, para sentirlo suyo, obra y gracia de sus manos blancas y su esfuerzo puro.

Recuerdo que hace muchos años yo debo haber poseído esa misma serenidad de ellos, y dormía soñando con cosas gratas y bellas. Al despertar no siempre los magos se habían acordado de mí. Pero lo que no hice entonces me tocó hacerlo más tarde: hecho ya hombre, perdido como un náufrago en una ciudad lejana y bulliciosa, sin amigos y sin estímulos, lloré. Era una navidad en que en los cielos profundos navegaban como nunca todos los navíos celestes, y las gentes pasaban por las calles de la ciudad enorme tomando los motivos más leves para reír o cantar.

Mujer: yo no creo posible que nuestros hijos vayan algún día a llorar. Y tiemblo pensando que el dolor es necesario. Pero no importa. Para cuando él venga ya les habremos formado fuerte, sincero y claro el corazón.

¿Oyes? El viento campesino vuelca su poncho de aromas y rumores por todos los caminos de la noche. Y esas campanas, esas gi-

rándulas fugaces y esas esperanzas con que se llenan los cuatro horizontes del mundo, están diciendo que no todo se ha perdido para la humanidad.

Nace Dios, y desde el fondo de la leyenda surgen los pastores, los reyes y la estrella gozosa. Los hombres, sobre todo los pobres, sentimos el beso de la infancia, diciéndonos un momento que la vida es buena, que todas las amarguras pasan, y que el rey, ennobleciéndose, es capaz de ser pastor, y que el pastor puede alternar con los reyes para enseñarles a vivir y sentir.

Por nuestros hijos hay que creer y esperar. Y en esta hora de ilusión y de fe, nuestros ojos miran la estrella frente a frente, para que nuestro espíritu siga cautivo de la altura, y esta lumbre cordial que recibimos labre mañana el hueco de sus lechos, las huellas de sus pies ligeros, el espejo que recoja sus imágenes serenas.

4.—EL CRUCIFICADO

Allí, frente a mi puerta, al otro lado del camino y en su misma dirección, hay dos árboles altos y bellos. En medio de la escasa distancia que separa a ambos, un tercer tronco seco y esbelto, tiene cerca de su cima otro madero en cruz, por donde pasan y se sostienen unos alambres telefónicos.

De los árboles vivos es el hermano crucificado. El hermano que murió por el afán mercenario de unas manos crueles. El hermano que trocó sus alegrías verdes y naturales por las causas terribles y sin atenuantes que han inventado los hombres para que avancen las comunicaciones, para que siga el progreso.

Como dos guardias reales sus dos hermanos le cuidan y le abrigan. Cuando el viento del invierno tira sus estocadas a fondo, ellos se curvan, avanzan, devuelven golpe por golpe las arremetidas del viento enemigo, mientras al centro el crucificado mira volar los pájaros temerosos y distantes, y oye pasar la palabra gris de las gentes lejanas que hablan de incomprensión y de piedad.

Bajo las luces del verano los árboles se llenan de fragancias y sus ramas más cargadas se inclinan hacia el centro, allí donde sin aromas y sin colores, con su carga a cuesta, el doloroso abre sus brazos rígidos, que son una negación del paisaje en movimiento.

Mirando a sus hermanos hermosos y luchadores, hay que creer en el amor extrahumano, en el afecto simple, preciso y desinteresado que alienta en el mundo vegetal. Y encontramos así que un árbol es la síntesis de la superior belleza, porque —todos lo sabemos— da sombra, flores, frutos, refugio a los pájaros del aire, cordaje a la música celeste de la lluvia, y tenemos que aceptar que posee un espíritu fraternal tan profundo, que ojos humanos quizás no son capaces de captar.

Allí está el crucificado que trabaja, y allí están sus hermanos que pretenden hacerle más liviana la carga, hablándole el lenguaje sutil y cordial que sólo saben entenderlo ellos y Dios.

16.—MISERIAS

La habitación obrera es, en este pueblo, una forma más humana del conventillo horizontal que ya va desapareciendo.

Pero, al mismo tiempo, las corridas de casas iguales son el centro y la órbita de centenares de pecados de adulterio. Pecados que no por silenciosos dejan de ser conocidos y comentados en el pueblo.

De allí, con el convencimiento de ser engañado, y sin tener cómo defenderse de ese lastre que arrastraba su ánimo, Serapio comenzó a odiar a su mujer y a Antolín, su compañero de trabajo, de quien recibía el turno, en las fábricas.

Serapio era magro; débil. Tosía a menudo. Antolín era fuerte, grande. macho groserote y confiado en su animal, como primera condición y expresión de su hombría. Así se hizo amante de la mujer del otro, que sufría calladamente, pero con odio reconcentrado, la burla y el oprobio.

Sucedió que un día de borrachera colectiva, día de fiestas patrias, el pequeño se sintió grande, gracias al licor ingerido. Y encontrando en la calle al grande, a quien veía pequeño, le dijo una palabrota.

El grande respondió con un puñetazo que hizo caer en tierra al chico. Aquí se interpusieron oportunamente dos carabineros que anularon a Antolín, tomándolo de los brazos.

Entonces, Serapio, rápido y certero, tomó la ocasión, e impulsado por sus terribles sentimientos, clavó dos veces en el vientre de Antolín, un repentino cuchillo.

Nadie pudo evitarlo.

El herido, furioso como un toro con banderillas mortales, haciendo un esfuerzo inmenso se desprendió de sus captores, que lógicamente habían aflojado la presión, se tomó el vientre con las dos manos, y barbotó:

—No quiero ayuda. No soy ningún cobarde como ustedes, hijos de perra...

Anduvo cinco pasos tambaleante. Y cayó para no levantarse más.

Al herido lo aprehendieron.

Morirá tuberculoso en la cárcel.

La mujer, agraciada, sin hijos, es como una bestia joven y suelta, a quien nada ni nadie, ahora, puede impedirle que apague sus fiebres, buscando protectores que suelen pagar bien.

Ya usa de las mejores medias de seda que pueden lucirse en el lugar. Y ha anunciado que dejará el pueblo para trasladarse a vivir a Santiago, en una respetable casa, donde tendrá baño, teléfono y representante exclusivos.

17.—FUNERALES DE PRIMERA

Desde las ventanas del principal edificio de las fábricas, pudimos ver cómo un camión grande vaciaba su mercadería frente a la casa de la familia Almendra.

Eran varios cajones de vino y licores finos. Y otros que contenían muchas bandejas con pasteles y golosinas de gran calidad. Tras el camión se detuvo el coche de las pompas fúnebres, que a su vez bajó un ataúd con hermosas guarniciones de plata, seis candelabros de plata maciza y unos cortinajes con flecos de plata bordada. Por último un pesado crucifijo de oro también pasó hacia el interior.

El señor Almendra recién había fallecido.

Pero su previsora familia, conociendo lo irremediable del caso, tenía ya contratado el servicio fúnebre muy de primera, y el servicio de comestibles y vinos para celebrar el velorio.

Fué un velorio como ninguno otro en la región. Mientras el muerto dormía bajo un bosque de coronas, la distinguida concurrencia al velorio era incansable en el consumo de tajadas de pavo o jamón de pierna, remojados con buena champaña o coñac de tres estrellas, por lo menos, que se hacía servir en vasos vineros.

Los funerales se determinaron para las cinco de la tarde del tercer día después del fallecimiento del señor Almendra. Y cuando dos horas antes los empleados de la funeraria llegaron a quitar los candelabros, que necesitaban para otro cliente, nuevo rico, la apesadumbrada viuda, dueña de casa, acordándose de sus buenos tiempos del arrabal santiaguino, les dijo, entre otras cosas:

—Los rotos empleadillos no tocarán nada todavía, porque yo quiero que hasta lo último la gente vea que es un entierro de primera. ¡Y que aquí hay plata! ¡Tenemos plata para darnos estos gustos...!

Ante tan razonable argumento, nada se podía discutir.

Y el muerto fué llevado, más tarde, por una carroza con seis caballos enlutados, unos cocheros rígidos y unos ángeles de madera que lloraban por todas las miserias del mundo.

El cura levantó el hisopo con agua bendita. Hubo discursos ditirámicos, fotografías y un tenaz apresuramiento de mucha gente por regresar a la casa donde tanto se sufría, para volver a presen-

tar sus respetos a la viuda y a sus hijas, con la fundada esperanza, por lo demás, de llegar a tiempo a los *conchos* del velorio.

18.—MARGARITA

Necesitaba flores, y por eso llegó un día a mi casa.

En un rincón del patio un pequeño cuadro ofrece clavellinas olorosas y tulipanes dobles, que son difíciles de cultivar, pero que mi afición hace crecer y prosperar.

Ella, la compradora de flores, es, también, como una flor. Se llama Margarita, tiene dieciséis años, y es desenvuelta y linda. Su padre es un grave y maduro técnico de la fábrica, y su madre, que es extranjera, la regalonea, pues es hija única, y en ella está todo su afecto.

Nos presentamos, y vamos a coger las flores que necesita.

Hace un ramillete, mientras explica que es para llevarlo al colegio, al día siguiente, en la capital. Una maestra tiene cumpleaños, y ella le hará este regalo.

Que a la vez es mi regalo hacia Margarita.

En este pueblo todos nos conocemos de vista, por lo menos. Por eso mi mujer viene a saludarla como a una amiga, y mi niño quiere jugar con ella.

Es una niña todavía. Deja a un lado, un momento, las flores, y corre siguiendo el juego de mi hijo, que se siente feliz con su presencia.

Tiene Margarita los ojos más lindos del pueblo.

Alcanzan a turbarme un poco cuando me miran de frente.

Un recuerdo lejano, una sensación que parecía perdida en el tiempo, llegan con esa mirada.

Sí. Se parecen esos ojos a los de una mujer que conociera cuando yo era niño, y que me quemaban el alma. Ella se daba cuenta, entonces, de mi admiración, y me besaba cerca de la boca, con co-

quetería y malicia, mientras yo me sentía perdido, desorientado, extraviado bajo esa luz y esos roces.

Margarita tiene esos mismos ojos, que evocan en mi interior el primer latigazo de pasión, aquello que me hacía correr por la espina dorsal un río de angustia y de placer.

Pero Margarita es una niña hermosa, una estudiante graciosa, una vecina adorable por su condición de simpatía personal. Y eso es todo.

Se va, prometiendo volver.

Mi niño la acompaña tomado de su mano.

En la puerta, antes de despedirse, ella le habla al oído. Y el chico ríe con toda el alma, clara, abiertamente.

Con un gracioso mohín ella se aleja, mientras el niño se siente feliz de conocerla, soñando con otra visita suya.

¡Ah, Margarita!

19.—LA MADRE

A primera hora firmó el finiquito con pulso tembloroso. Tembloroso no por la emoción o el sentimiento de hacerlo, sino porque los estragos del vino y las malas noches, ya le tenían rotos los nervios y flácidos los músculos.

Cuando recibió el cheque que ponía término a sus servicios como empleado, alzó la voz, y con palabras anatémizó al capital explotador, a sus compañeros de trabajo y a todos los que no le habrían comprendido. Se despidió con una palabra dura, y se colocó el sombrero con fuerza antes de salir de la oficina.

Una hora más tarde llegaba a visitar las fábricas una escuela rural. Eran tres decenas de chicos pobremente vestidos, y una maestra de ojos dulces y tristes. Maestra única de la escuela que se mantenía en un edificio casi en ruinas en mitad del campo, al otro lado del río, maestra única, pero a quien los chicos, por acuerdo tácito, llamaban la señorita directora.

Después de mirar las máquinas curiosamente, de hacer unas cuantas preguntas inútiles cuyas respuestas no entendieron, reuní a los chicos, por orden superior, para ofrecerles en el comedor general un panecillo y un refresco.

La señorita directora que llevaba en el anular dos anillos de viuda, me hizo la confesión:

—Yo quería que los niños vinieran a conocer esta fábrica porque un hijo mío, mi único hijo, trabaja aquí. Tiene un gran puesto. Un puesto de confianza...

Los ojos tristes y dulces tenían un puntito de luz al hablar del hijo.

Cuando me dijo su nombre, junto al cual asomaba el deseo de verlo, porque el hijo hacía años que no se acercaba a su madre, respondí:

—Siento, señora, que hoy no lo pueda ver. Esta mañana le dieron una misión de confianza para la capital. No volverá, seguramente, hasta uno o dos días más.

Sonrió la anciana maestra. Había resignación y orgullo en su sonrisa. Claro era todo. Claro y simple: a su hijo le daban esas misiones porque sólo él podía ejecutarlas y llevarlas a cabo satisfactoriamente.

—Cuando regrese tendré el gusto de decirle que usted estuvo acá, y preguntó por él.

—¡Ah! No. No lo moleste. El tiene su familia que atender. No importa que me olvide. Yo, de todas maneras, no lo olvido nunca...

Y se quedó unos segundos con la mirada en el vacío. Con una mano acariciaba instintivamente la crespada cabeza de un chico.

Al atravesar el patio de la fábrica para tomar el camino de regreso, tras ordenar las inquietas filas de sus escolares, la anciana volvió a decirme:

—Le ruego que no le digan que estuve aquí. A lo mejor le parece mal.

Y yo, sacudiéndome el pecado leve y reciente, que acusa el octavo mandamiento, le respondí con profunda convicción:

—No tenga cuidado, señora. No se lo diré.

20.—LOS NOVIOS POBRES

En su paseo de la tarde del domingo habían llegado hasta las afueras de una quinta de recreo. Adentro la música de unos viejos vales invitaban a gozar y soñar. En la puerta un letrero bien marcado hacía saber el precio de la entrada al recinto.

Se habían acercado muy unidos del brazo, tejiendo comentarios alegres. Pero el letrero detuvo la mirada de él, que calló de repente. El muchacho trabajaba duramente para mantener a su madre y hermanos menores. Aquella novia que le acompañaba era como un amor imposible, por las circunstancias económicas en que él se desenvolvía.

Había enmudecido la pareja. Pero ella, más rápida de pensamiento, ahondando en un segundo la tragedia íntima de su compañero, dijo sonriendo:

—Sigamos. Tengo tantos deseos de llegar hasta el río, y mirar el panorama tan lindo que desde allí se ve.

E hizo girar la conversación, tomando como motivo un recuerdo infantil:

—Cuando yo era chiquitita...

Siguieron.

A él se le disipó la nube que enturbiara su frente, y atendía feliz lo que las ágiles palabras femeninas y amorosas iban tejiendo a su lado.

El panorama que se veía desde las altas riberas del río, lo conocían ambos desde los primeros años de su vida.

Pero, ¿no es cierto que era más hermoso esa tarde?

Aquella montaña intensamente azul del fondo, no la habían conocido antes. Ni los lejanos álamos de oro, ni la música intensa

del río. Ni tampoco esa gracia inmensa que parecía bajar de los cielos augustos, para llenar de riqueza sentimental el alma de los novios pobres.

21.—EL CIRCO

En el ancho patio elevó su carpa el circo para una función que la fábrica ofrecía a su personal.

En especial para los hijos de obreros, empleados y empleadillos.

Se trataba de un aniversario fabril, y la mejor manera de celebrarlo era con una función de circo, vale decir con un poco de alegría, de esa alegría ingenua y trasnochada de los circos pobres, cuya carpa se apoya en un palo central y veinte remiendos laterales, que dibujan por sí una geografía inverosímil pero dolorosa.

Los trapeceistas iniciaron el programa con unas acrobacias un poco cansadas, que, en todo caso, llamaron la atención llenando de admiración al público. Luego un falso chino ejecutó rituales exóticos para terminar en juegos malabares. Y cuando los tonis salieron a la pista, dos o tres chiquillos se pusieron a llorar amedrentados.

Hubo perros sabios, caídas, preguntas capciosas en chistes muy malos, y un tragasables escalofriante. Pero los mejores aplausos se los llevó la bella Corintia, quien, según rezaban los programas, había sido favorita del sultán de Turquía...

La ex favorita del sultán cantaba tangos con una voz suave, casi apagada. Bajo los coloretos se veía exhausta. No repitió su número que era el último del programa.

Cuando se terminó la función, acudió al camarín de la bella Corintia el médico del pueblo, llamado apresuradamente.

Y al saber lo que ocurría llegó la orden de desalojar inmediatamente al circo con todo su equipo. "Si estos payasos quieren morir, que se mueran en otra parte". ¿Cómo se puede aceptar que vaya a ocurrir eso en el patio de una fábrica?

Cierto, rotundamente cierto; ¿cómo queréis que el trabajo encadenado y continuo, pueda sentirse bien junto a los vagabundos trabajadores del buen humor y la aventura? El perro que cuida la casa nunca podrá entender al pájaro que vuela.

Por lo demás estamos en un recinto industrial, que es cosa seria, grave, reglamentada y controlada. No hay derecho, señores, que los payasos vengan a morirse aquí.

Y a última hora, oh, distinguidas y alarmadas señoras, un don Juan del pueblo ha descubierto que con su palidez morena, su tos de tísica y su apellido araucano, la bella Corintia, que se llama Juana, nunca ha podido ser favorita del sultán de los turcos...

22.—UNA VISITA

Hacía tiempo que no la veía.

Hoy Margarita llegó a mi casa, como tantas otras veces, a visitarnos, a jugar con mi hijo.

Me ha bastado, sí, mirarla para darme cuenta que algo le sucedía.

Yo estaba componiendo un juguete roto, un muñeco de felpa amarilla que había tenido la mala idea de perder un ojo y un brazo, víctima de las demostraciones futbolísticas de mi chico, que había encontrado en el muñeco una forma ligeramente apropiada para esos ejercicios.

Margarita se acercó a saludarme. Y yo, poniendo el juguete por delante, le dije:

—Fíjate, este muñeco ya me confesó lo que le pasaba.

No la miré. La sentí que me interrogaba con la mirada. La angustia la enmudecía. Y de pronto rompió a llorar sobre mis hombros.

—Margarita —le dije—, llora lo que quieras.

Y ella dejó escapar su pena sin diques. Mi mujer se asomó,

y con discreción se alejó con el niño que alegremente venía a jugar con nuestra visitante.

Cuando dejó de llorar, se limpió los ojos, se arregló el cabello, y con voz todavía trémula me contó sus desdichas. Sus desdichas de amor. Su primer amor.

Margarita está enamorada.

Y en su hogar y en el colegio, ya la han amonestado seriamente. Su galán vale poco, es verdad. Ella lo considera el primer hombre del mundo. Y los estudios han terminado, prácticamente, para ella que sólo piensa en él. La marejada romántica y sentimental que en cierta época de la vida nos toca a todos, esta vez ha arrollado el alma de Margarita.

La niña es buena y linda. Pero le ha faltado un afecto en su hogar que la haya dirigido con energía y dulzura. Se deja llevar por sus pasiones. Y en mí ha creído encontrar un refugio espiritual. Un consejero a quien contarle sus afanes. Cosa que no haría con sus padres.

Margarita está enamorada. Y no habrá nada ni nadie en el mundo que la haga comprender que esa ráfaga puede y debe pasar. Además su galán es conocido como un tenorio vulgar y vanidoso.

Pero Margarita vive y sueña por él. El mundo de ella está allí. ¿Qué decir? ¿Qué hacer?

Nunca he sido bueno para dar consejos. Y esta vez menos aún. Por eso le hablo de mis dibujos y mis acuarelas, le regalo un libro y le prometo hacer un cuadro de margaritas en honor suyo.

Se va, por fin, ligeramente descansada de su pena, al parecer. Sonríe. Saluda a mi hijo desde la puerta, tirándole un beso. Y se aleja.

Me quedo mirándola. Y pienso que su llanto de momentos antes era una lluvia de primavera, y nada más.

23.—MEDIANOCHE

La chiquitina, como es menor, se acostó primero.

El niño, como todo hombre que se respeta, protestó.

Y triunfó.

Se quedó un rato sentado en un choapino, bajo el emparrado, admirando la luna llena que se asomaba por sobre el edificio más alto de la fábrica. Tenía sus juguetes a la mano. Cerca de él nos sentamos en un viejo escaño, mi mujer y yo, sin hablar, sin romper el encanto de la noche maravillosamente clara.

Como en otros tiempos.

Y una dulzura de ensueño nos envolvió. El chico, por su parte, se quedó dormido pronto. Un pájaro nocturno cantó por all cerca. Entramos al niño, lo tapamos cuidadosamente, y volvimos a revivir el momento agradable del recuerdo y la dulce claridad de la hora.

Era medianoche recién pasada cuando entramos a casa.

E íbamos a apagar la última luz para prepararnos a dormir, cuando sonó violentamente el timbre de la puerta de calle.

¿Quién sería?

El caso era extraño.

Mi mujer dijo: —“¡Qué curioso!”

Yo respondí yendo directamente a abrir.

Era un oficial de policía. Junto a él un soldado y un hombre cuyo rostro estaba lleno de sombra bajo un ancho sombrero.

El oficial indicó:

—¿Nos permite pasar, señor?

Pasaron. Y sólo cuando el civil se quitó el sombrero, me dí cuenta de quién era. Y un presentimiento terrible pasó por mí.

Invité a tomar asiento, antes de preguntar el objeto de la nocturna visita.

Y allí supe la novedad: Margarita se había fugado. La busca-

ban, o tomaban impresiones para encontrar una orientación en la pesquisa.

El padre, quien era el que acompañaba a los policías, pretendía estar sereno. Hacía esfuerzos visibles.

Apenas hablaba. En su rostro pálido se conocía su intensa amargura.

Más tarde se fueron los tres, agradeciendo.

Bajo la luz lunar se destacaban sus figuras nítidamente. Los hombros del padre se movían, se movían. Recordé a Margarita y sus sollozos, los lindos ojos de pestañas de seda, y aquella pasión que quizás a qué destino o situaciones la llevaba esa noche.

Y yo oportunamente no había sido capaz de dar un consejo.

Irritado conmigo mismo cerré la puerta bruscamente. Una íntima angustia cooperaba, también, en la rudeza de esta acción.

24.—LA AUTORIDAD

Este pueblo, como todos los pueblos de Chile, tiene sus hombres pobres y sus pobres hombres.

Hace algunos años llegó acá un individuo, como tantos otros, de escasa cultura, pero de mucha audacia.

Nunca trabajó en cosa alguna, pero los obreros al oírle perorar, le tuvieron, desde un principio, por un campeón de sus esperanzas, y le hicieron un salario mensual, que, en todo caso, era mucho más suculento que el salario ganado trabajando.

Y de pronto el hombre se encaramó.

Unas elecciones municipales le ungieron entre los triunfadores. Y un golpe más de audacia le hizo alcalde.

Quien nunca había trabajado dicta, ahora, normas de labor, cátedra libre de conciencia y acción social, urbanismo, higiene pública, arte, instrucción popular.

No hay reunión donde, invitado o no, no llegue el señor al-

calde, y diga alguno de sus discursos, para beber, en seguida, más de la cuenta, y hacerse llevar a dormir a cualquier parte.

Nunca ha pedido la clausura de alguna cantina, porque en forma discutiblemente desinteresada el señor alcalde protege la industria vitivinícola por botellas. Por lo demás donde el señor alcalde llegue, tiene cuenta abierta y numerosos brindis esperando su paso de primera autoridad.

Habla nuestro administrador comunal de la especulación y la inflación. Para demostrar energía ha cerrado el ínfimo negocio de "puestos varios" de la viuda Emelina, cuya única hija de quince años se rió a gritos, el otro día, de la declaración de amor del señor alcalde, poseedor de pródigas condiciones para el querer, soltero, al parecer, y de indiscutida autoridad en sus gustos.

La pobre viuda ha debido pagar multas y multas, aunque ha llorado y jurado que nada hace contra la ley. Pero de los testigos que quiso llevar para su defensa, todos hurtaron el cuerpo. Nadie quiere tener de enemigo al primer representante del ilustre municipio, que después del desaire recibido, ha descubierto que la pobre Emelina se está haciendo ríoa vendiendo trago clandestinamente, y arrendando ciertos favores de su hija.

Este alcalde, con toda seguridad dejará el cargo y el poblacho con un camión propio a la puerta, como ya lo han hecho otros, que así se aseguran el porvenir, aunque sigan perorando contra el capitalismo y la previsión legal.

. . . El señor alcalde del pueblo acaba de pasar frente a mi casa.

Va conversando en alta voz con un grupo de admiradores. Dice: "... y en estas cosas de la cultura, los profesores no saben dónde están *paraos*. Somos nosotros, compañeros, los que tenemos en nuestras manos de trabajadores la solución de esta cuestión tan *ardúa*".

25.—EL IMPORTANTE

La administración de la fábrica me ha indicado que hable con los maestros de la escuela del pueblo, y hagamos funcionar una escuela nocturna para obreros analfabetos.

La idea es buena. Los maestros, ganando por esto una pequeña subvención, se prestan gustosamente a ello.

Entonces hago la propaganda del caso.

Voy donde cada jefe de sección y les entrego una circular, haciéndoles conocer la idea y el propósito de inscripción al respecto —decimos— pues es interesante que todos los hombres sepan leer y escribir.

Varios jefes se apresuran a enviarme una lista de analfabetos.

Pasan dos o tres días, y como hay uno que no lo hace, voy a preguntarle con buenas palabras la razón de ello.

Y el nombrado, un resentido social de carácter autoritario y muy presumido de sus conocimientos, me contesta:

—¿Me habla usted de la nota para que se inscribieran los analfabetos? Yo que más puedo decirle: la puse en la pizarra de los avisos para que la leyeran los interesados.

Y se quedó absolutamente seguro de haber hecho algo a conciencia e inobjetable.

Por lo demás este hombre es el que todo lo critica. Según él se arreglarían todas las cosas del país si una cabeza como la suya manejara, ordenara, creara iniciativas.

Y día a día se está formando un renombre de ciudadano capaz y necesario.

Ya lo dicen sus amigos: este hombre llegará.

Así. Como tantos otros.

26.—EXTENSION CULTURAL

La escuela nocturna funciona regularmente.

Treinta hombres van a ella para aprender a leer, o a afirmar sus conocimientos primordiales.

Un día el presidente del sindicato obrero de las fábricas, llegó hasta la escuela, y anunció:

—Mañana vamos a traer un conferencista para iniciar aquí la temporada de extensión cultural.

Y dió el nombre de un seudointelectual santiaguino. Hablaría sobre los viajes de Colón.

Al día siguiente llegó el intelectual. Por curiosidad esa noche estaba yo en la escuela. Me senté al final dispuesto a escuchar.

El orador llegó con el alcalde del pueblo y el presidente del sindicato. Los tres habían pasado a beberse un trago, un largo trago, según se deducía fácilmente por la forma como accionaban.

Tras unos saludos al “distinguido público”, del cual yo era parte, y la representación hecha por el alcalde, que nada tenía que ver en la escuela, el conferenciante empezó su disertación sobre la vida y los viajes de Cristóbal Colón.

¡Pobre almirante! Los peores temporales que enfrentara en su vida, no podían compararse con aquel temporal por el cual pasaba su recuerdo. El vino negro y el alma turbia del orador hacían cosas increíbles. Fué vilipendiado el pobre Colón por haber sido un vendido al capital y a la monarquía, porque los marinos de las tres carabelas no tenían contrato de trabajo, y porque, según le constaba al orador, nunca se les había pagado a estos las horas extraordinarias, en la jornada sin festivos que iniciaron un día en Puerto de Palos.

Los viajes de Colón se sucedían, mientras el presidente del sindicato se había quedado dormido sobre un banco, y el señor alcalde hipaba como una cloaca.

Me molesté. Y cometí el error de indicar un error.

—Perdón, señor. Creo que Colón murió después del cuarto viaje transoceánico. Usted habla del quinto viaje...

La contestación llegó airada, y con un tufillo que envenenó el aire de la sala, ya cargado:

—El transoceánico será usted. No me interrumpa. ¡Por lo demás yo mataré a Colón cuando se me dé la gana!

A continuación hubo dos gruñidos. Despertaba el presidente, y el alcalde me amenazaba:

—Usted es un impertinente. Ha venido de aguafiestas o de krumiro. Pero se va a fregar conmigo. De aquí me voy a ir con mis compañeros a reclamar pa que lo echen. La empresa nos tiene miedo: cuando queremos fregar a un empleado lo echan no más. Y, sépa-lo usted, que cuando un intelectual tiene la palabra no se le debe interrumpir...

Y afirmando su cólera con un puñetazo en la mesa, agregó:

—¡Burgués!

Se levantó la sesión. Terminó así la conferencia.

Y hoy tengo en mi poder una carta de la gerencia en que se me desahucia. No hay cargos contra mi persona, ni mi trabajo o asistencia, pero hay una queja formal contra cierto comportamiento mío de enemigo de toda manifestación cultural a favor de los obreros...

27.—EL DRAMA

Hacía cuatro días que la policía buscaba a Margarita, por pedido de sus padres desesperados.

El galancete que parecía el punto principal del hecho, se defendió de la imputación de raptó gimoteando, también con desesperación. Toda su bizarría se vino abajo cuando supo que pesaba sobre su cabeza esa acusación, y una noche de calabozo le hizo concebir el panorama de oscuros días, si el asunto no se aclaraba.

Sólo ayer en la noche hemos sabido parte de la verdad.

Un peón que trabajaba al otro lado del río, vió como a éste lado una niña, o una mujer, cortaba flores a la orilla del barranco. Tenía ya un ramo de retamos, cuando perdió pie. El hombre oyó el grito, vió la caída. Pero tuvo miedo de dar a conocer lo que sabía. Era el único testigo. El grito, en la vastedad del panorama, nadie, sino él, lo había oído. Y no pudo hacer nada porque el río tiene a ambos lados paredes naturales muy altas, y la corriente, entre ellas, es impetuosa.

Miedo tuvo el hombre de contar el caso, pues ya conocía, por otras razones, los "hábiles interrogatorios" y la molestia larga de los procedimientos judiciales.

Pero ayer no pudo más con su secreto. Y al saber quién era el padre de la niña desaparecida, vino a decirle lo que sabía.

Las cosas han cambiado.

Yendo a mirar el sitio indicado por el testigo, encontramos las flores dispersas en el suelo casi vertical, y algunas ramas rotas de los arbustos encontrados por la niña en su desesperado afán de tomarse de algún factor de salvación, mientras caía.

Margarita.

Sus ojos dulces me miran en la sombra.

Se hacen más dulces, todavía, conociendo la verdad. Esta terrible verdad que nos angustia.

Margarita. Las flores fueron motivo de su muerte. Si la lacerante realidad no nos hiriera tanto, podríamos decir que estaba predestinada a ello, por su nombre, por su gracia, por su alma pura, pese al tormento de amor que sufría.

Y esta tarde, con otros compañeros, nos ponemos a buscar por las orillas del río, varios kilómetros abajo, el cadáver de ella, su fino cuerpo sin vida, sin movimiento, sin amores, ni dolores ya.

La noche se nos viene encima rondando por los arenales, las pequeñas bahías y las pozas que la bajante ha formado. Los canales de riego que fluyen desde el río, se han hecho secar para buscarla mejor.

El resultado es nulo.

Y me vuelvo a casa sin mirar, siquiera, el rostro del padre de la niña desaparecida. Sin poder manifestar un gesto de aliento. Sin encontrar qué decir.

28.—RIO ABAJO

Ruedan los días.

Varias veces el sol ha aparecido sobre el mundo afirmando la primavera que pasa.

Somos sólo tres hombres los que seguimos buscando el cuerpo de Margarita, caído al río cuando cortaba flores en el barranco.

Ayer encontramos el delantal que llevaba el día trágico.

Sobre la prenda hubo lágrimas. Los ojos del padre de Margarita no se han secado todavía, pese a las noches en vela, la búsqueda, la infinita pena que le embarga.

Y hoy ...

... cerca del viejo puente carretero, en circunstancias que mis otros dos compañeros estaban lejos, hoy, ¡he visto a Margarita!

Su cuerpo estaba reposando en la arena, junto a una poza de la orilla, bajo las ramas compactas de un arbusto que la cubrían recatadamente.

¡Horrible!

El agua, como a todas las criaturas que caen y son llevadas por la corriente, la había desnudado. Y los perros vagos, y los pájaros carnívoros, le habían comido parte del tórax y un brazo. El rostro estaba casi intacto, porque se había enterrado en la arena. Era ella. Sus ojos entreabiertos parecían mirar indiferentes. Su boca mostraba la blanca dentadura perfecta, y los labios descoloridos, tristes.

Trémulo por la impresión lavé su cara en silencio. Y apreté los dientes.

Era ella.

Hermosa y horrible.

La voracidad, canina y la descomposición del cuerpo lesionado, la hacían espantable. Tuve que hacer violentos esfuerzos por sostener las contracciones de mi estómago.

Me puse de pie. Estaba febril. Transpiraba. Y la tarde era fría.

Miré un instante el cadáver roto y desnudo. El mundo bailaba dentro de mi cabeza. Hubiera querido vociferar, protestar, hacer o decir algo. Nada se me ocurría. Tenía un nudo en la garganta y una sombra en el cerebro.

De pronto un ruido extraño me hizo volver la cabeza. Y los gritos de mis acompañantes que señalaban un peligro, me hicieron reaccionar.

El deshielo cordillerano había producido en esos instantes su gran ola violenta y tumultuosa. El río era un monstruo desencadenado, que venía arrastrándolo todo, limpiando su cauce, dejándolo sólo para sí.

Miré por última vez el cuerpo de la niña muerta.

Una fracción de segundo lo pensé.

Y saltando a una gran piedra de la orilla dejé que la correntada, el aluvión espontáneo, se llevara su pasajera de días antes, devolviera su presa al río, entregara de nuevo al agua su carga juvenil y dolorosa.

Pude rescatar el cadáver, dejarlo sobre la piedra, entregar a los padres el cuerpo de la niña.

Pero ello habría sido espantoso.

Mucho más espantoso que aquello que sentí al encontrarla.

Era mejor que el agua se la llevara para siempre. Sus despojos lamentables no debían conocerse. Aquello mordido, tumefacto, mal oliente, iba a perseguir toda la vida, como una visión infame, a todos los que la habían conocido y admirado. Mejor era seguir amándola en el recuerdo: fina, blanca, graciosa.

Como una margarita.

... El turbión se la lleva. Me descubro instintivamente. Digo adiós en silencio, y me quedo mirando el agua espesa y rugidora, que hace remolinos y ataca las arenas desmoronando montículos.

Dos hombres me llaman desde cerca. Son su padre y el otro acompañante.

Durante un instante no les he oído.

Salto hacia la orilla. Me llega a las rodillas el agua. Voy caminando en forma lenta. Estoy callado, y debo haber llorado. El padre de ella me mira, parece intuir algo, y me pregunta con ansiedad:

—¿La viste?

Digo que no con un movimiento de cabeza. Y sigo andando calladamente, como perdido.

Iré lejos. Muy lejos. Nadie ya la rescatará del agua impiadosa pero fiel. Se irá desgajando, perdiéndose totalmente, diseminándose entre las fuerzas oscuras de las cosas y el destino.

Yo me iré del poblacho. Mañana estaré cesante. Buscaré trabajo en otra parte, tendré otra casa y también otro destino, río abajo por la vida.

Pienso en mi mujer y mis hijos. Lucharé por ellos, como siempre. Los quiero tanto: son mi vida, mi alegría y mi refugio.

Sin embargo, Margarita, hermosa, dulce y lejana Margarita, quiero recordarte, cómo eras. Y perdóname. Te lloro porque comprendo, ahora, que con todas las fuerzas de mi alma también te amé.